

¿SE ACUERDAN DE LOS DICTADOS? YO LOS PRACTICABA CON MI ABUELA. Ella me leía fábulas y yo las escribía lentamente mientras me volvía a pronunciar cada palabra y torcía el gesto si yo empezaba a cometer una falta. Esos dictados no eran de nadie, no necesitaban comillas ni una autoría reconocida. Se trataba solo de aprender a escribir, de cultivar la paciencia y, por el camino, interiorizar alguna moraleja. Guardo un agradable recuerdo de esos primeros contactos con la palabra ajena copiada, reproducida, citada y aludida. Recuerdos inocentes donde la palabra era un bien comúnpreciado, valorado, respetado.

De ahí a las múltiples referencias que incluí en mi último artículo académico han pasado algunos años y me confieso practicante de ese culto a las comillas que profesamos en la academia. Ya sea entre comillas, en cursiva o como párrafo independiente, la palabra ajena se respeta. Al fin y al cabo, el «respeto por la autoría intelectual» es una de las máximas que consta en nuestro código ético. Ocurre muy a menudo, no obstante, y cada vez en más ámbitos, que un «como dice...» es más fachada y *postureo* que otra cosa. Como si la cita en sí fuera lo valioso y no su contenido; como si las comillas generasen una suerte de inmunidad o superioridad epistemológica, independientemente de lo que entrecomillen; como si lo que importase fuera más el «fin de la cita» que lo que sigue a un «abro comillas».

Si llega tarde a una cita, igual su cita no tendrá lugar, pues alguien no esperó lo suficiente; lo mismo ocurre con las citas textuales descontextualizadas y sin la necesaria interiorización: una sucesión de ideas no es un argumento, igual que un cúmulo de informaciones no es conocimiento. Una frase rimbombante en un azucarillo no es aprendizaje, es un intento fallido de edulcorar la realidad polifacética de todo pensamiento reduciéndola a un solo ingrediente. Sin la paciencia requerida para la conquista del saber no será posible el completo ejercicio de la razón discursiva.

Como pisadas en la arena borradas con cada ola, las citas en un *tweet* duran pocos segundos en su *timeline*; esa información ni se crea ni se destruye, se va transformando, pasando la autoría de persona en persona, el contenido de contexto en contexto y su comprensión queda así fuera de la ecuación. En la lógica formal, la complejidad de una fórmula no impide su comprensión siempre que se disponga del lenguaje y sus reglas, mientras que en el lenguaje natural reina siempre cierta incertidumbre propia de lo humano; y, con ella, lo interpretable, polisémico e imperfecto nos genera confianza. Decía Kant que «los pensamientos sin contenido son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas». Sí, estoy citando sin contexto, ¿a qué tras leer esto usted no sabe a qué se refería Kant? Quizás todo este «Carro de Heno» no sea más que «paja» sin sentido, o tal vez haya una aguja en este pajar en la que poder enhebrar un fino hilo y zurcir el roto que tanta inmediatez ha generado en nuestra realidad. Ahora le llegará una citación para el juzgado de guardia de la cordura (ir)racional y le pediremos citas con contexto para su archivo incondicional. —